



El adiós del capitán

PABLO PORTALES

“Están matando gente. Entregan cadáveres despedazados. La morgue está llena de muertos. La gente está afuera por cientos”. Excitado, el poeta declamaba: “¿Usted no sabía lo que le pasó a Víctor Jara?, le destruyeron sus manos”.

La mujer de Los cerros del capitán trataba de distraerlo de esa pesadilla. Débil entraba en recuerdos amorosos, como la ceremonia a la luz de la luna bajo el cielo de Capri, que simbolizó su unión con Matilde.

Intuyó el fin. Sus deseos íntimos quedarían atrapados. Sus amigos no llegarían a la mesa. Su poesía sería vedada a los oídos de la gente sencilla. Neruda presintió que su voz no cabía en este mundo que a su vez no cabía en fuego.

No le gustaba estar solo. A sus invita- dos los encantaba con magia. Aceptaban su amable dominio. Una red de vastas amistades lo interiorizaban de las intui- dades de la vida política, o del comidillo de la vida marital de amigos o conocidos.

Enterrado de los detalles, junta ha pare- jos. Se divertía, secretamente, de las an- siedades de sus invitados. Sabía quienes eran los galanes que se desvanecían en la curia y los tímidos que no dejaban dor- mir a sus amantes.

Los cumpleaños eran el delito supre- mo. Con una devoción se ocupaba de cada detalle. Vestimentas, que personifi- caban personajes míticos o de la historia, saltaban de los baúles en busca de los inhibidos o tímidos que llegaban de civil. Las máscaras incitaban al despliegue de la coquetería escondida a la bota del baile.

La imaginación estallaba en fábulas e imitaciones ocultas que llenaban la casa de risa. En la fiesta se mostraba ese niño grande y tardío desbordado por la fantasía. Decía: “El niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre el niño que vivía en él y que le hará mucha falta”.

JUGUETES DEL NIÑO GRANDE

Se murió a los dos meses y dos días de su nacimiento. Su abuelo tra- ba- có entre las rupestres, que estuvieron criando, una de abundantes pechos. Pronto, su padre, José del Carmen Reyes se casó con Trinidad Canalia Marverde.

Su “mamadre” era esa bondad del pan que se comía, de la lucha contra las gote- ras que inundaban la casa en invierno, la buena repartidora de lo exiguo. Todo, su silencio, la sala de adentro,

José del Carmen, de familia de hidal- gos pobres, orgullosos, infundía una mezcla de bondad y temor.

Era intolerante ante los precoces ver- sos del hijo. Sus sentimientos e imagi- naciones debían permanecer ocultos. En los ojos de su padre ardía una fobia infernal contra los poetas: “No entendía para qué servían”. Temeroso de esa furia, adoptó el nombre de (Jan) Neruda, escribió che- cos. Le sonó bien y Pablo le gustaba.

Su dicha de la infancia era partir con su padre en el tren. Envuelto por la sieva descubría flores y escarabajos; exploraba la naturaleza. Sin darse cuenta, enle- cionaba imágenes para su poesía.

Sus juguetes más grandes eran sus mascarones de proa, figuras de aves, pá- jacos tolemaicos, animales míticos, talla- dos en madera.

Los caracoles le daban ese máximo placer de atesorar troleos históricos. Re- corrió los siete mares acochándolos y bus- cándolos entre ola y ola.

En sus recreos el poeta escribió sobre pájaros. Los contemplaba desde que na- ció. Se identificaba con ellos al recorrer la tierra y al porcartarse que en su alma tiene 325 alas con las que vuela por ima- ginarios mundos.

Sus casas eran juguetes. En ese mundo se condensaban las imágenes extraídas de la naturaleza y del hombre. Ahí daba a luz su poesía.

La gente de los suburbios, mineros en- negrecidos, hombres del cobre y del de- sierto y campesinas con niños en los bra- zos esperaron horas al candidato-poeta. Lo entusiasmaba ese pueblo que a gritos le pedía uno y otro poema bajo la lluvia sureña o ese viento austral o de la pampa que todo lo estremecía.

NERUDA EN EL CORAZÓN

Al poeta le sobrevinó una metamor- fosis ante las almas abandonadas, como los cargadores de la Vega, que en silencio escucharon más de una hora los des- garradores versos de España en el cora- zón.

Al terminar, uno de esos hombres con el saco anudado a la cintura habló en voz alta: “Quiero agradecerle en nombre de todos y decirle que nunca antes nada nos había impresionado tanto” y estalló en sollozos. Otros también lloraron.

La intuición del poeta en la mañana del 11 de septiembre fue rotunda: “Esto es el final”. La esperanza labrada verso a verso cada abruptamente, como esos cas- titillos de fósforos quemados que solía ar- mar en sus ratos de ocio.

Su corazón se rebeló ante el hecho de- finitivo de impedirle su palpitar, expre- sado en esas palabras que comunicaban al poeta consigo mismo y con esa gente sencilla que amaba. Partió junto a los que estaban tirados en las calles y en el río o en la morgue.

El adiós del capitán [artículo] Pablo Portales.

Libros y documentos

AUTORÍA

Portales, Pablo, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El adiós del capitán [artículo] Pablo Portales.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)